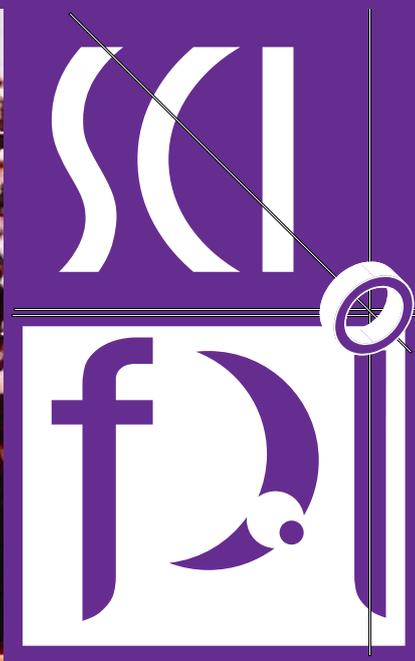


Sci·Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM

A detailed illustration in a sketch-like style with yellow and brown tones. It depicts a man's face in profile, screaming with his mouth wide open, showing teeth. Below the face, a hand is shown with fingers spread. The background is a soft gradient of purple and pink.

En los límites de la consciencia Romance, gobierno y distopía en los confines de la realidad

Portada por Ricardo de la Sen | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

· Un mundo para ella · La primera vez que vi mi ciudad · Nuestras otras vidas · La primera vez · El filo del universo · Rastrillo de lecturas #5 · No hay magia en el cine · ¿Cuántas palabras necesita Dios para decirte todo lo que hay? ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Manuel Gómez Lagóstena
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Pilar Sancho Thomas
Julio Septián del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Ricardo de la Sen

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido
maquetada con
software libre
usando Scribus



Editorial

Comité Editorial

¿Cuántas palabras hacen falta para escribir el editorial de una revista? Podríamos tratar de ser muy concisos y despacharlo con cuatro palabras como “Incluimos relatos y críticas”. De esta forma tendríamos una descripción poco detallada, a la vez que completamente correcta. Aunque nuestra naturaleza perezosa nos incita a dejarlo así, somos conscientes de que algunos lectores se podrían sentir defraudados porque esperan más detalles. Podríamos añadir “Les recomendamos que lo lean todo por orden”, pero seguro que alguien seguiría queriendo más detalles, y ese es el problema, que siempre queremos más y más detalles, sin pensar en las consecuencias. Pues bien, por esta vez les daremos unos pocos detalles más, aunque tal vez se arrepientan de ello cuando al final de este número comprendan ¿Cuántas palabras necesita Dios para decirte todo lo que hay?

Antes de llegar al relato mencionado, descubriremos cómo es Un mundo para ella, experimentaremos qué se siente La primera vez que vi mi ciudad, indagaremos en Nuestras otras vidas, nos contarán cómo fue La primera vez de alguien muy especial y viajaremos hasta El filo del universo. Como es habitual, contaremos con nuestra sección de crítica literaria en el Rastrillo de lecturas #5, completando el número con No hay magia en el cine, una reseña sobre el reciente cortometraje Clarke's third law.

¿Les parecen pocos detalles? Pues se aguantan. Ya saben que la curiosidad mató al gato (aunque Schrödinger siga sin saberlo) y nosotros no queremos ser responsables de ningún fallecimiento, especialmente si eso significa reducir nuestro número de lectores. Ya saben, hacemos cualquier cosa con tal de retener tanto a los lectores como a nuestros

colaboradores. Por cierto, aprovechamos la ocasión para desmentir que la portada de este número sea una recreación de los tratamientos que aplicamos a aquellos escritores que desean dejar de publicar sus obras gratuitamente en nuestra revista. Ninguno de ellos se ha quejado nunca de nuestros métodos y estamos seguros de que nunca podrán hacerlo...

Índice

Un mundo para ella.....	5
La primera vez que vi mi ciudad.....	13
Nuestras otras vidas.....	14
La primera vez.....	15
El filo del universo.....	17
Rastrillo de lecturas #5.....	21
No hay magia en el cine.....	23
¿Cuántas palabras necesita Dios para decirte todo lo que hay?.....	25

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia “Creative Commons Reconocimiento 3.0”, con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

POEMA

ENTREVISTA



Un mundo para ella

Víctor Muñoz Ramírez

La bóveda celeste era un muro de oscuridad resquebrajada por tenues luces errantes. El Hombre se dejó caer contra un árbol, exhausto, con el infinito en sus ojos. Respiraba con dificultad, el viento helado le quemaba la nariz y tosía con cada bocanada de aire. En posición fetal se acurrucó contra el roble, apretando tan fuerte sus brazos desnudos con las manos que podía sentir sus uñas clavadas en su carne. Miró el final de sus piernas semicercenadas de hombre doméstico; extrajo ramas y piedras incrustadas en sus muñones ahogando los gritos en su garganta. Sus callos no eran tan fuertes como para aguantar la marcha por aquel terreno tan irregular y abrupto. Dolor y cansancio, cuánto tiempo más serían sus compañeros. No tenía energías para derrochar en maldiciones. En su lugar dio un suspiro de miedo y desesperación. La huida había sido insoportable, lo seguía siendo, aún no había terminado. No conseguía darse calor. Quizás lo mejor era morir congelado, dejar que la circunstancia fuera su asesino. ¿Tenía otra opción que dejarse arrastrar por la fatalidad?

A lo lejos, creía oír los gritos de sus hostigadores. Desconocía por completo el castigo por la traición, las torturas a las que lo someterían escapaban a su imaginación, o se esforzaba en que así fuera. En el peor de los casos sería considerado salvable, lo reeducarían hasta que volviese a mostrar una docilidad sincera. Sin embargo, con suerte, lo matarían allí mismo, lo reciclarían en abono; quién sabe si para el parque por el que tantas tardes había paseado con la Dueña. La ironía le hizo sonreír y se ausentó unos breves instantes del bosque cuyos árboles flanquearían con toda seguridad la escena de su muerte. Pero pronto se dio cuenta de que compadecerse de sí mismo no lo ayudaría; era patético.

Quiso levantarse, y las piernas le fallaron, no darían un paso más. Con cierta nostalgia volvió a acariciar sus rodillas cicatrizadas. No

tenía dónde, no tenía cómo. Incompleto como un puzle que no se deja terminar, la negativa de toda pretensión era su salida más fácil y consecuente; rehusar cualquier intento de fuga. El día acabaría, sus párpados cederían al sueño y no despertaría, o sí. De cualquier manera, la conclusión estaba próxima. Resistiría hasta que el azar respondiese al tiempo, hasta que le ajustaran las cuentas; justicia o injusticia, eran conceptos que no podía entender. Toda hipótesis sobre sí mismo le superaba, nunca antes había tenido conciencia de sí mismo, acostumbrado a sacrificarse antes que ceder a sus placeres. Nada en él había que fuera realmente suyo.

El suelo escarpado le incomodaba. Se retorció haciendo presión contra la corteza. Pero enterrarse más en el árbol no daría resultado, no se evadiría a través de la locura, de esa delgada frontera que le unía todavía al sentido común. ¿Podía someter el mundo que le había sometido? La capacidad para refugiarse en su interior era nula. Cuando el infortunio destruyó la poca esperanza que pudiera albergar y entendió al fin aquella cruda lección, comprimiendo sus ojos con los puños rompió a llorar, y aguantó los espasmos de su pecho.

Las yemas de los dedos bajaron hasta la boca, donde la cicatriz de su última operación no se había curado. Con la lengua notaba los puntos que unían la encía a los músculos faciales, sus labios eran trozos de carne flácidos que colgaban muertos sin dentadura. Los dientes, que son el tope de la lengua, resultaban ahora un límite ausente al que el Hombre no lograba acostumbrarse. ¿Cómo hacerlo? Todavía reparaba en su mandíbula fantasma, reproducía en su boca el penetrar de los dientes en los pedazos resacos de bistec que había comido un medio día. Una ración especial además del alimento cotidiano que le servía la Dueña, precedido por la comida de ella y las arcadas en el cuarto de baño; era un humilde banquete, el Hombre se alimentaba de las sobras de la belleza de la mujer. La comida de esa mañana tenía un sabor más intenso, disfrutó cada bocado como si instintivamente hubiera adivinado que nunca más volvería a morder. La Dueña le observaba mientras tanto, hablaba por el auricular del teléfono fijo con una mueca de preocupación.

El otoño había empezado, los días

transcurrían envueltos en una atmósfera cargante durante el día y castigados después por las heladas de la noche. Pronto comenzaría la gente a tapar a sus hombres con mallas térmicas. Él odiaba tenerse que vestir así. Sin embargo, las leyes obligaban a ello si la titular no quería ser denunciada por crueldad.

En el coche, ella le miraba con firmeza, fingiendo no sentirse culpable, esquivaba cada vez que él pretendía que se encontraran. El Hombre pudo ver incluso una lágrima, que ella limpió con rapidez volviendo a prestar atención al tráfico. Jugueteeó con su pelo para entretenerse, y con los pendientes que bailaban colgados de sus lóbulos. Algo había que no quería pensar y no hallaba el gesto adecuado para olvidarlo, tan siquiera la conducción la tranquilizaba. Un coche maniobró mal y por poco colisionan. La Dueña aceptó el error y se redujo de nuevo a su silencio.

Bajaron del vehículo y, tras cruzar dos calles, entraron en una clínica homosológica. Otros hombres con sus respectivas amas gastaban el tiempo como podían en una tediosa sala de espera pintada de color pastel. Entre las dóciles mascotas, un hombre de caza que todavía conservaba los pies se mantenía erguido mientras la mano de su dueña le pasaba el lomo. Una mujer con su hija pequeña llevaban atado a un joven que todavía conservaba los testículos, los cuales palpaba suavemente cada vez que entraba una clienta nueva. Cuando se percató de la propietaria del hombre de caza, éste comenzó a gritar, y no dejó de hacerlo hasta que el joven se acobardó detrás de la niña y su propia ama le golpeó con la mano detrás de la cabeza. Cuando el Hombre entró, el resto de varones le vigilaron, hasta que comprobaron que su docilidad le impedía ser una amenaza. Se dejó caer cerca de la Dueña dócilmente, dando a entender que no podía idolatrar a otra. Ella sacó de su bolso un libro y esperaron a que les nombraran.

La decoración de la sala de consultas la formaba una serie de posters en los que se nombraba cada parte del cuerpo del hombre. En la puerta un papel resumía con detalle las normas higiénicas antes de tocar a cualquier espécimen. La mascota se sentó en una camilla de metal y un flexo le cegó al instante.

La doctora observó al hombre, formulando preguntas de rutina sin casi pararse a pensar las respuestas que la Dueña casi susurraba con voz compungida. La doctora analizó con detenimiento las cicatrices de sus amputaciones en las rodillas, la entepierna y el lado izquierdo de la cabeza, poco más arriba de la oreja; no encontraba nada anormal. Revisó con un otoscopio los oídos y la boca del paciente con ayuda de un trozo de plástico; asentía aprobando el buen estado del hombre. Las dos mujeres intercambiaron unas palabras y el Hombre permaneció lo más afable y relajado posible hasta que le hicieron un gesto para que acompañara a la doctora y a la Dueña.

Atravesaron dos pasillos hasta otra habitación más sobria y mejor iluminada. Le colocaron en otra mesilla, esta vez con correas para sujetarle. Notaba en su espinazo el frío del acero de la camilla metálica. A su alrededor, las enfermeras llevaban en un confuso ajeteo ensayado bandejas tapadas y papeles azulados, recibiendo órdenes de la doctora que vestía ahora con una bata y un uniforme. Una de ellas pasó la mano por su frente y le susurró unas palabras amables para que estuviera tranquilo. La Dueña se acercó también a su campo de visión, posando su cara en la de él, amansándole con su tacto y su olor. Después notó un pinchazo en el brazo y su diosa que huía del quirófano lo más deprisa posible fue lo último que vio antes de que le hiciera efecto la anestesia.

Frotó de nuevo su cara, aguantando en silencio. Las sombras producidas por la luna danzaban a su alrededor, como un juicio del infierno que lo sentenciaba. La salvación, estúpida creencia. ¿Cómo podría creer si no podía soñar; si había vivido en un sueño del que despertó en un arrebato de ira? Entre los árboles asomaban las luces, seguramente linternas de los rastreadores. No tardarían en encontrarle. Inmóvil, se convencía a sí mismo de que todo estaba perdido, aunque se replegó en su memoria. Sólo dos cosas pueden al hombre sacarle del presente: la añoranza del pasado y la ansiedad por el futuro.

Aferrado a sus remembranzas como a un clavo ardiendo, asumía que el nuevo amanecer no sería como los demás; un cielo desangrado donde antes había una luz atravesaba las

cortinas como si pidieran permiso, y se posaban en el rostro de ella, o en su pelo, un reflejo que iluminaba la vida de él sin que pudiera evitarlo. Ese amanecer liviano le hipnotizaba, era un motivo para seguir adorando sus pasos. Ella dormía hasta tarde, con el pelo revuelto extendido sobre la almohada, y él se deleitaba con observarla. La Dueña entreabría los párpados, acariciaba a su mascota, le deseaba buenos días, aunque éste no comprendía el significado de sus palabras, apenas articulaba unos leves sonidos incomprensibles que aprendía por imitación.

Hasta hace un día, su supervivencia importaba poco. El mundo del que provenía le obligaba por entero a permanecer impasible frente a su propia existencia. Debía darlo todo por ella, su vida estaba consumida por aquel amor absorbente, pero tan maravilloso. Ella le mantenía, y su tributo, su exigencia: cariño y sumisión. Su recompensa: adorarla, servirla y en un futuro ser elegido como donante. Al menos, pensaba él, lo tenía fácil. En otros hogares había más de un hombre y la competencia suponía una guerra por el cariño de las amas. Pero él no tenía ese problema. Ella era toda para él, y él toda para ella. Su simiente se conservaba en los almacenes homosológicos; cuestión de tiempo que la Dueña tomaría la decisión.

Para él estos momentos constituían lo más próximo a la felicidad. Su Hombre aguardaba en casa, ansiaba que volviera de sus labores. Ella cruzaba el umbral y él se agarraba a sus piernas. A veces, con una obediente sonrisa en la boca, él tenía preparada alguna sorpresa. Un retrato que copiaba de alguna fotografía, acrobacias, tarareos que aspiraban a ser canciones, homenajes hacia su persona totalmente ininteligibles. Las tardes se convertían en verdaderos ritos de adoración que ella no se cansaba de presenciar. No en balde había llevado a su mascota a todas las sesiones de femeirización posibles. El Hombre era incapaz de sentir ningún amor insano hacia su persona, sólo la amaba a ella, una conducta que se esperaba de su género. Tras haber recibido con dulzura a su hombre doméstico, la Dueña caminaba despacio hasta la cama dejando su aroma como guía hasta el altar donde se dejaba adorar. En su habitación el Hombre la descalzaba conteniendo su

placidez, que no amainaba por mucho que repitiera la ceremonia. Se tumbaba con un resoplido sobre la cama. Desnuda completamente, reanimaba la sensibilidad de sus pechos, de sus pies, aprisionados durante toda la jornada, y el hombre entonces lamía su cuerpo. Cada rincón y pliegue de su blanca y tersa carne era masajeadada por la lengua de su fiel adepto. Un estado de sopor invadía la mente de la mujer y él disimulaba su perturbación, fruto de la euforia que le poseía. A ella no le gustaba que fuera tan impulsivo, así que se mantenía sereno para satisfacerla. El gusto salado de ella le impregnaba el paladar y las noches después de aquella ceremonia y de la comida predigerida hacía algunos amagos instintivos hacia sus genitales que no lograba intuir, pero que le daban placer más psíquico que nada.

Estas pompas eróticas tan extremas seguían el método de cualquier devoción a una diosa abstracta. No había reflexión al respecto, nunca un dios se planteó su existencia ni sus actos respecto a las criaturas que tiene a su cargo. Al fin y al cabo, el culto del hombre era solamente ella, como otras mujeres tenían varios o les exigían otras tantas ofrendas. Pero la obstinación de él, la entrega desorbitada hacia su persona. Era un verbo materializado, una dominación transubstancial que gobernaba el destino de ambos; la posesión ambivalente que desembocaba en un éxtasis de poder. Las relaciones morbosas, misas privadas, impulsaban la maquinaria del hogar, del comportamiento rutinario de ambos. Su voluntad era gobernada por estas litúrgicas escenas, fundamentos voluntarios de su relación. El contrato no verbal entre ellos conformaba el cielo de ella y la más placentera esclavitud para él.

Apoyado contra el árbol se sonrió, incluso su lengua palpó sus carrillos con la nostalgia de volver a tocar aquel ídolo sagrado que él tuvo la suerte de poseer. Salivaba con su memoria. Pero luego volvía a la cruel realidad; la búsqueda no había cesado. Los esfuerzos de sus perseguidores demostraban cuánto habían sobrevalorado a su enemigo que se retorció presa del terror y la angustia en sus propios pensamientos, igual que el preso que camina hacia la muerte recopilando los pecados cometidos.

Rememoró aquella tarde, igual que otros

tantos juegos compartidos, anclados en un imaginario que se engrasaba con la desigualdad tan rutinaria como gozosa. Pero como todo proceso automático, la reproducción continua se resiste a ser cumplida sin inconvenientes. En ocasiones el cansancio, otras veces algún error de él conllevaba que se abriera entre ambos un abismo, se rompía la magia de los regalos con que él ofrenda a su divinidad. No obstante, la verdadera discordia nunca llega a producirse en un espacio tan reducido.

Esa tarde la Dueña se había puesto guapa para él. En vez de entregarse después de llegar al trabajo, se había embadurnado en cremas y bálsamos. Su belleza era portentosa, la lascivia que dibujaba su sonrisa era suficiente orden para que la mascota iniciara su trabajo. Con la cara enterrada en sus sábanas se dejó limpiar por él. Los espacios entre sus dedos, sus articulaciones, orificios. La limpieza primigenia de los mamíferos superaba cualquier método contemporáneo de belleza. El hombre se comportó y ella disfrutó con aquel masaje, aquella purga salival. Luego se maquilló y vistió. Había quedado, el Hombre quedaría como guardián de la casa. Fue a su colchón en la sala de estar y se quedó allí impaciente por el regreso de su amada.

Inquieto, al rato fue a lavarse al bidé. Andorreó de un lado a otro, tramando qué nueva sorpresa dar a la Dueña, hasta que se decidió por reunir diversos objetos de la casa, regalos o tesoros que la emocionaran y construir su nombre. Recogió un adorno de su viaje a Berlín, un diploma, un libro, dos fotografías de los dos, juntos y felices... En el suelo de la habitación reconstruyó y colocó todo cuidadosamente, el collage parecía alcanzar las dimensiones deseadas. Por último, añadió unas margaritas de un florero. Una vez terminado, sin nada por hacer, observaba la calle con expectación. Los coches habían pasado de ser veloces dispositivos mecánicos a efímeras luces desbocadas. La tediosa vigilancia terminó por vencerle. Tras comprobar que la cerradura que daba a la calle no tenía la llave puesta se tumbó en su cama.

No le despertó la llave al girar, ni la puerta ni los múltiples pasos que habían caminado en silencio hacia la habitación de la

Dueña. El Hombre se levantó alarmado por un sonido tan poco cotidiano como ansiado por oír: un gemido. Creyó reconocer su procedencia, pero no se permitió elucubrar sobre quién lo había provocado. Velozmente entró en la estancia a oscuras. La luz de las farolas se reflejaba en el techo y la parcial oscuridad apenas podía ocultar los dos cuerpos que había en la cama. Casi por instinto, reconoció a la Dueña, y luego se percató de la intrusa que disfrutaba de ella, encajada en su cuerpo con la perfección de un eslabón a otro; enterrada en sus piernas la hacía gritar como nunca antes la Dueña lo hubiera hecho. Envueltas en esa atmósfera autista que produce la satisfacción, ninguna de las dos se percató de la presencia del Hombre que enloquecía invadido por los celos. La presión de la ira corrió por sus extremidades temblorosas, que tomaron, finalmente, el control de la situación. Un golpe de odio estalló en una sacudida violenta. Saltó con fuerza y hundió los dientes en la espalda de la amante de su Dueña hasta que pudo percibir un desprendimiento de músculo, seguido del aullido de dolor de la mujer. Cayeron de espaldas fuera de la cama, ella luchando por zafarse, mientras la Dueña asimilaba que ocurría en el suelo totalmente sumido en sombras. La intrusa hizo un amago para liberarse de su agresor, pero él fue más rápido. Se sentó sobre su pecho y apretó las manos en torno a su garganta con expresión asesina en el rostro. La sangre de la boca y un halo de luz que le cubría parcialmente le daban una apariencia monstruosa; ningún sonido que pudiera ser reconocido como palabra salía de su garganta aprisionada, la víctima pedía socorro con los brazos golpeando el suelo enloquecidamente. La luz se encendió y descubrió a la mujer pálida, sintiendo el estertor de la muerte, enrojecida por la presión de la sangre que hinchaba su cabeza a punto de estallar, cuya vida se esfumaba entre temblores y un gutural gorgoteo. Tan divina como su Dueña, tan respetable, y a la vez tan humana, tan débil y mortal. Dedujo para sí el valor tan exagerado que tenían aquellas criaturas a las que estaban obligados a obedecer, cuya vida pendía del mismo aire, cuyos fluidos manchaban y sabían igual que los suyos. Los pulmones de la mujer casi habían colapsado sin aire cuando sus pensamientos se vieron interrumpidos por el

golpe de un pequeño jarrón que le golpeó la frente lo suficientemente fuerte como para aturdirle y dejarlo fuera de juego. Tosiendo, la intrusa volvió a respirar con normalidad en poco tiempo. El hombre abrió los ojos y vio a su diosa, tan desnuda y bella como siempre, con un fragmento de porcelana en la mano. Lo reconoció al instante, fue uno de los que uso en el collage. Enojada, la Dueña lo encerró en la cocina sin comer un día entero, hasta aquella mañana en la que comió el bistec que le haría ensoñar.

El llanto formaba un nudo en su garganta que estallaría sin remedio. Los recuerdos amartillaban su cabeza, hilos de esperanzas de revivir un pasado mejor. Confusos, fragmentarios, una monotemática melodía; se mezclaban con los delirios producidos por el cansancio y la desesperanza.

Su memoria dejó de proyectarse como una película ante él. Hubo algo inesperado que le hizo desmoronarse y aullar sin consuelo. Una linterna le enfocó repentinamente y, pivotando sobre su rodilla, corrió bosque adentro. De nuevo su corazón bombeaba frenético, la adrenalina regresaba, volvía a atravesarle como un empuje a la supervivencia de una quimera. Los árboles desfilaban centelleantes como espíritus entre la neblina, un laberinto sin dimensiones. ¿Dónde está la escapatoria cuando no existen alternativas, cuando no hay preferencias? Su esclavitud había sido siempre su propia libertad, una brutal decisión. Cruzaba la arboleda sin dirección, huyendo de una amenaza que cada vez era más un eco de una vida perdida. El cielo y la tierra parecían indiferentes en la negrura de la noche, la frágil Luna no iluminaba su camino; y no paró, esquivaba los obstáculos, y cayó en una zanja. Sus piernas derraparon en el suelo, se desequilibró hacia delante y hundió su cabeza en la tierra. Dentro de la boca estallaron los puntos, la sangre emanaba abundante. Escupió y reprimió con fuerza un grito. Al borde de la inconsciencia se tumbó de lado entre la arena y las ramas.

Durante los días que siguieron a la extracción de sus maxilares su ánimo reflejaba su resentimiento, una oscilación sentimental entre un amor profundo y el rencor que rebosa la perfidia. Este enfrentamiento le

resultaba imposible de disimular. Los platos de comida quedaban incompletos. Cuando le servía su cuerpo él actuaba mecánicamente, sacaba un poco su lengua de las cortinas de músculo que constituía su boca y muy despacio, impávido ante la belleza de su objeto de deseo. Ella lo notaba, y de algún modo comprendía su cambio de actitud, e incluso llegó a sentir cierta culpabilidad que fue desechando en vistas de la condición social que ostentaban ambos. Igual que el matarife no debe tener misericordia por el cerdo, una mujer no podía sentirse responsable de la infelicidad del hombre. ¿Había impuesto ella el régimen de idolatría que la convertía en entidad suprema del imaginario de una raza sexual en decadencia? Era justo que fuera así, y la justicia es equidad, muchas veces desproporcionada, no igualdad absoluta. No obstante, esa sensación de culpa hizo que pensase algún modo de obsequiar a su servidor; era innegable que aquella reacción tan vehemente había sido para protegerla, o al menos para protegerse a sí mismo de la posible pérdida de su cariño. La operación no era un castigo, garantizaba que no volviera a ocurrir, pero sus sentimientos fueron buenos y sinceros y ahora el abatimiento le podía. Le parecía justo que recibiera a su vez un premio por aquella servil bondad y ninguna opción podía superar la Fiesta de Aniversario.

Abandonaron la ciudad, los edificios de ladrillo y esqueleto metálico se convirtieron en árboles y los aparcamientos en praderas. Los altocúmulos que se movían con rapidez sobre un horizonte amarillento, arañado por las ramas desnudas que ascendían hasta él. Y con todo, el horizonte encerraba todo en un abrazo mortal. El hombre contemplaba el paisaje desde la ventanilla del coche con seriedad, apático, mientras la Dueña hablaba, le sonreía. Hubiera querido contestarla, pero no adivinaba qué gesto hacer. El lenguaje entre ellos se reducía a una serie de conductas faciales, sonrisas, sugerencias visuales que ella le había amputado. Sólo levantó las cejas sin pensar mucho, dejando que ella interpretara lo que la conviniese. ¿No había sido siempre así?

Una multitud de gente, sin contar los hombres sudorosos, mal cuidados que prescindían de duchas, que corrían con sus pelos encostrados esparciendo sus desechos,

acostumbrados a ser ignorados por sus amas; las comidas inhumanas a las que sometían a algunos, en su mayoría sobras. Los hombres jugaban con otros y las dueñas fardaban de la raza, de los favores que podían invocar de sus adeptos. En el centro del gentío se alzaba el templo a la divinidad, una gran iglesia en forma de pirámide rodeada por una gran techumbre adornada con motivos sobre la fertilidad, donde en pocas horas comenzarían los festejos programados. En su interior,alzada como un monumento a la fuerza de las mujeres como casta sexual dominante, una estatua de bronce, de doce metros de largo; una mujer desproporcionadamente bella, de piernas largas que nacían de unas caderas tan perfectas como irreales, de brazos extendidos, miraba al infinito, al futuro ya programado para el poder femenino. A los lados del recinto se ofrecían diversos servicios de belleza, higiene y comida especializados para cada uno. Juguetes, zonas privadas de recreo, vendedores de innovaciones tecnológicas, médicos homosológicos dispuestos a poner a punto a cualquier macho para su hembra, carpas especializadas para fecundaciones instantáneas. Tras unos años de educación, un rito de paso, la ceremonia de la idolatría, iniciaba a las mascotas, se registraba su fidelidad mediante un juramento que en caso de ser roto suponía el sacrificio del hombre. Este contrato con la feminidad se acompañaba de extraños cánticos y una ofrenda a la Estatua. Dos sacerdotisas, las Amigas, reconfiguraban al hombre, regían en las leyes y operaciones requeridas para su adaptación social. Según la decisión de la mujer, y según ciertas complejas normativas, que podían contradecirse, se le asignaba un estrato. Tras ser operado del lóbulo temporal, lo que conllevaba una pérdida parcial de la capacidad lingüística, podían además cortarles las piernas por debajo de las rodillas (domésticos), someterlos a tratamientos de hormonas para mejorar su potencial físico y destruir el mental (de caza) o para mejorar su fertilidad (donantes). Las posibilidades eran inmensas, pero debían ser convenientemente aprobadas por un consejo feminista y acatado por la dueña del espécimen. Las iniciaciones venían por lo general después de la Lluvia femenina. En los tejados del templo, escondida bajo las tejas y adornos barrocos en los que se representaba la historia de la

creación a partir de la Gran Madre, una gran red de tuberías de agua desembocaban encañonando en todas direcciones. La muchedumbre se agolpaba entonces alrededor cuando el sol estaba en el punto más álgido del cielo y, como era costumbre, los hombres se tumbaban con la cara hacia el suelo y las mujeres encima de ellos recitando un rezo popular. Las mangueras camufladas rociaban de agua el perímetro del templo, los hombres se agitaban para remover la tierra y mejorar la absorción de ésta. Simbolizando la fecundidad cósmica, las mujeres cantaban y halagaban a los hombres con bailes y promesas. Gracias a ellos eran lo que eran, las reinas magnánimas, el eslabón más alto de las especies. En los charcos las mascotas recibían los ánimos y se enamoraban más si cabía de aquellos seres que les perdonaban la vida y les dejaban besar su aura de divinidad. Luego, puestos en pie, la tierra caía con los últimos chorros de agua, la tierra volvía a la tierra y las mujeres regalaban a los hombres algún objeto que pasara a convertirse en una emotiva reliquia para ambos. Estos presentes resultaban a veces fatales, sobre todo si una mujer tenía varios hombres a su cargo, que se enzarzaban en disputas por el corazón de su amada que rozaban en crueldad a las peores carnicerías si la dueña no hacía por frenarles a tiempo.

La tarde había clareado y sobre la pradera el sol se reflejaba en las pieles de los congregados; la tierra parecía estar forrada de cuero humano, una masa homogénea de celuloide sensible que emitía un atronador tumulto que nublaba cualquier resquicio de naturaleza que pudiera conservar el paisaje. En los árboles colgaban hombres jugando y alardeando de sus habilidades, mujeres correteaban coquetas de una actividad a otra: talleres, concursos de hombría, festejos minoritarios de sectores concretos. La confusión ambientaba la celebración mientras los ritos tradicionales se sucedían incesantemente. A la Dueña le gustaba acercarse a las perfumerías y a las presentaciones de productos de belleza. El Hombre la perseguía a pasos pequeños, palpando obsesivamente con la lengua los puntos de la encía. Algunos descuidados, hombres y mujeres borrachos en su mayoría, amenazaban con golpearle la boca y saltárselos, pero él se alejó; se mantuvo a una

distancia prudencial. De lejos observaba a su Dueña que testaba diversas cremas en las manos, como si no confiara de la eficacia de productos que conocía de sobra, o de aquellos que no podía permitirse. El Hombre se dio cuenta de que para ella la normalidad no se había esfumado; golpearle la cabeza con un regalo suyo (anteponerle por delante de aquella mujer) y arrancarle la dentadura no parecía haberla afectado. Acostumbrado a ella hasta ahora, sin ningún motivo para odiarla, había mantenido la calma en un estado de sumisión extrema, contenido en una disciplina cotidiana; los barrotos donde se acababa su mundo eran los ojos de la Dueña, demasiado verdes, demasiado brillantes para ser olvidados, para negarles un deseo. Agarró una piedra y la apretó con fuerza. Su pulso le gritaba, llamándole al martirio o a la parálisis. Los dedos se engarrotaban contra el pedrusco, con el ceño fruncido. No era el plan lo que podía fallar, sino su voluntad. Intentaba sin éxito convencerse de que quería hacerlo. En el fondo sabía que no podría. Avanzaría hasta ella, nadie lo impediría paralizado por la situación, alzaría su arma delante de ella, quizás él gritaría de odio y ella, de terror, para luego quedar petrificado. Inofensivo se dejaría caer delante de ella y le pediría disculpas lo mejor que supiera, pero entonces ya nada serviría. Sin ningún crimen a su espalda, sería considerado un loco y sacrificado igualmente. A ella no sería capaz de herirla por mucho que quisiera, y tampoco estaba seguro de querer.

Se levantó y fue hasta su lado. La Dueña regateaba los precios con una vendedora de mascarillas faciales bajo un pequeño toldo que servía de improvisado negocio. Ninguna daba su brazo a torcer, discutían tanteándose sin realmente forzar a la otra a aceptar las exigencias del contrato. El Hombre tiró del vestido de la Dueña que abandonó al instante a la señora del puesto. Él señaló el templo y juntó las palmas a la altura del pecho. La Dueña se emocionó al comprobar que el hombre por fin le prestaba atención, o se esforzaba por acercarse de nuevo a ella. Esa petición de ofrenda era la tregua que necesitaban ambos. Se alejaron de la tiendecita y cruzaron la muchedumbre hasta el templo. En las escaleras había hombres vagabundo, esas lacras sociales incapaces de amar o que han sido desechados por aquellas diosas materializadas en un alarde de

arbitrariedad. A los pies de la planta del templo tenían lugar las iniciaciones. Una niña hablaba con la sacerdotisa sobre un joven que había adquirido, una apuesta muy típica de mujeres sin experiencia. Las operaciones tenían lugar en el templo. La pareja cruzó las galerías donde se llevaban a cabo, al igual que las bancas de adoración a la feminidad, donde muchos hombres rezaban acariciando a sus respectivas amas. La Estatua, en el ala posterior, bautizada por un liviano rayo de sol que atravesaba un rosetón romboidal en la cara oeste del templo, homenaje al poder de la creación, acogía a sus sectarios como una inmensa madre con los brazos extendidos hacia el centro del templo. Todos a su sombra eran bendecidos por su reflejo de divinidad. El hombre quedó impresionado, nunca se había podido acostumbrar a esta demostración de potestad cósmica.

La Dueña soltó su mano, le dejó libre para que cumpliera su ritual de afecto. El hombre avanzó a pasos pequeños por el mármol y subió los tres peldaños hasta los pies de la efigie de bronce. Temeroso miró la totalidad del templo a su espalda. La Dueña le sonreía desde el altar inferior y él devolvió su sonrisa con cariño, como lo había hecho desde que se habían conocido. Una vez más las lágrimas, las carantoñas, sustituyeron las palabras y ninguno de los dos tuvieron que decirse nada. Pero había algo diferente: ella actuaba guiada por piedad hacia su querida posesión; él, con melancolía, con la valentía del exiliado, se despedía.

Siguiendo el protocolo levantó los brazos hacia la diosa, sin palabras pensó en las imágenes de sí mismo en tercera persona. La escena carecía de color, de significado para él, algo se había perdido. Con sus dientes se había esfumado su hombría, sus ansias de fe. Permaneció en esa posición hasta que una mujer pasó cerca de la Dueña y, perpleja ante tal afrenta, lanzó un grito que retumbó en un ruidoso eco.

¡Blasfemia! ¡Misógino! ¿Cómo se atreve?
¡Está meando sobre la Estatua!

La fuerza que hacía para que su orín llegase hasta la figura desde su posición le provocaba escozor. Duró poco aquel insulto, y las lágrimas sustituyeron a los orines; todavía partes de sí luchaban por mancillar el

monumento. Al girarse, las mujeres se habían congregado en una violenta aglomeración, sus insultos se mezclaban en un indistinto ruido que parecía querer aplastarle. Le señalaban gritando la sentencia; no había vuelta atrás. La Dueña, flanqueada por estas arpías, le miraba sin decir nada, triste, pero manteniendo la compostura. Delante de otras mujeres no se iba a permitir el lujo del llanto. Negó levemente con la cabeza, incrédula ante el suicidio al que su hombre había optado. Ciertamente que ultrajar una reliquia de tal importancia era como apretar el gatillo de una pistola dirigida a la sien, con la diferencia de que no pensaba ponerlo fácil para sus verdugos. Antes de que le abordaran corrió hacia una puerta lateral del templo, con algo de suerte la noticia no habría corrido mucho y lograría salir del recinto. Sintió la amenaza del mundo que antes tanto le había dado; a su espalda éste le gritaba con la voz de su Dueña.

Orgullosa.

El hombre se había confesado, cada paso desde el templo hasta aquella zanja fue el castigo a su pecado; la muerte por una ley no escrita. Nada más tenía que decirse. Lo que sí se había repetido hasta convencerse, intuía que se ocultaba algo de verdad en ello, era que no actuó por venganza, tan siquiera por aversión a la feminidad. Lo causó una libertad descubierta, revivida del olvido. En el fondo, si volvía a verla se perdería de nuevo, que suplicaría por su perdón humillándose como nunca lo hubiera hecho. Ciertos vacíos exigen ser llenados por lo imposible, y nunca dos veces. Con el barro en la cara, la sangre manando torrencialmente de la boca, su conciencia y deseos se mezclaban sin concierto. Las imágenes retrospectivas de su memoria parecían las pesadillas de un ser agotado de la vida que busca una excusa para la autodestrucción. El dolor se convirtió en el testigo que le garantizaba la realidad, ante todo el que le chirriaba en su interior tras haber oído aquel último grito. Sí, es posible que ya supiera lo que era tener orgullo, pero eso no importaba. Cerró los ojos, relajado, dejó que los gritos que le seguían de hace tiempo se acercaran y lo borrasen todo con un golpe en la nuca. Fue el primer regalo que se hizo.

La primera vez que vi mi ciudad

Ismael Rodríguez Laguna

Bendita tecnología que, tras tantos años entre tinieblas e imágenes borrosas, me permitió por primera vez ver con claridad las calles, los árboles, las flores, las tiendas, la gente, el sol y la luna de mi ciudad.

Recuerdo lejanamente que, de niña, veía bien todo lo que me rodeaba. Recuerdo las casas, las montañas, las nubes, el cielo azul. Por aquel entonces vivía en mi pueblo natal.

Dejé de ver bien más o menos cuando me casé. Apenas unos meses después de casarme, Jamal y yo nos mudamos a esta gran ciudad que desconocía. Ésta siempre me ofreció una imagen difuminada y oscura, entrelazada e ininteligible. Jamás pude ver lo bonita y lo viva que está. Sólo pude oír su bullicio, sólo pude oler los aromas del mercado. Pero ayer la bendita tecnología me devolvió la vista.

Unas gafas especiales me muestran constantemente, justo delante de mis ojos, la belleza del mundo que me rodea. Sobre las dos pantallas que en verdad son sus aparentes lentes, proyectan la imagen de lo que ven dos cámaras que llevo puestas por fuera de mis ropajes, justo delante de mis ojos cegados. Las gafas y la cámara están conectadas de forma inalámbrica, así que el sistema completo es muy cómodo. Veo todo muy nítido, es maravilloso.

Yo, que pensaba que estaría por siempre condenada a ver nítidamente sólo el interior de mi casa, que creía que seguiría viendo con claridad sólo cuando me quitase, en la privacidad de mi hogar, este burka que ciega mi visión fuera de ella, he recibido este maravilloso regalo de cumpleaños de mi amado Jamal.

Bendita sea esta tecnología que me ha traído la libertad.

Nuestras otras vidas

Pilar Sancho

Para A. y S., dos seres de especies diferentes que encontraron un planeta en el que podían vivir juntos.

Para A. y P., que no lo encontraron.

Antonio diseñaba reactores atómicos para propulsar naves tripuladas. Era un tipo simpático. Si alguna vez se hubiera parado a pensarlo, es probable que se hubiera sentido satisfecho con su vida. Le gustaba su trabajo, ganaba bastante dinero y tenía éxito con las mujeres. Sabía por instinto que la vida y el amor sólo se disfrutaban si no te los tomas demasiado en serio.

Salomé era comercial en una empresa que fabricaba nanotecnología de última generación. Tenía la piel morena y reluciente como la de una pantera. Sus ojos color petróleo observaban el mundo intentando aprehender la esencia misma de las cosas. Salomé se tomaba en serio hasta el manual de usuario de la Thermomix.

Habían hablado cientos de veces por teléfono, pero nunca se habían visto. Salomé no era una comercial corriente. Hablaba poco y escuchaba mucho. Antonio tampoco era el cliente típico. A veces llamaba para pedir piezas o un presupuesto, y a veces llamaba porque sí. Ella le escuchaba pacientemente intentando descubrir el objeto de su llamada para poner en marcha la maquinaria de su demoledora eficiencia... en vano. Al cabo de un rato, él colgaba y ella se quedaba un rato perpleja, preguntándose por qué no podía dejar de sonreír.

Un día ya no llamó más. Alguien le contó a Salomé que Antonio se había cambiado de trabajo y había emigrado a una colonia en la periferia espacial. Y ella siguió con su vida de siempre. Atendiendo pedidos y clientes, de esos que llaman para pedir piezas, información, presupuestos.

Pero, cada noche antes de acostarse, sin

saber por qué, empezó a mirar hacia las estrellas.

Antonio odiaba el ambiente gélido y la atmósfera estática de la estación espacial. Ya no recordaba por qué se había dejado arrastrar por aquellos palurdos vendedores de chatarra hasta los confines del Universo. Aquel planeta entero estaba enfermo de aburrimiento.

Los primeros meses echaba de menos su vida social. Las copas con los amigos, las aventuras con las mujeres... Pero luego empezó a pensar en el viento. El aire no se movía en la estación espacial. Y con el viento se colaron la nostalgia por las cosas sencillas a las que no creía haber prestado atención, el sabor del café por las mañanas, las canciones de su vecina en la ducha a través de las paredes de papel de su viejo piso, el olor a tierra mojada los días de lluvia.... Y la voz de Salomé.

El tiempo transcurría de manera extraña en la Estación Espacial. Parecía detenerse en la atmósfera eternamente iluminada. Por eso Antonio no podía asegurar a qué hora descolgó el comunicador y pidió hablar con Nano Comp, del Sector 5 en Sistema Solar, Planeta Tierra.

Un amigo que pilota naves comerciales de pasaje civil me ha contado que Antonio y Salomé viven juntos en la luna.

La primera vez

Fernando Rubio

Sé que muchos piensan que aún soy demasiado joven e inexperto, pero la verdad es que me siento plenamente preparado para formar mi propia familia y creo que ha llegado el momento de dar el paso definitivo.

Desde mi más tierna infancia me he sentido atraído por mi vecina Marta, aunque siempre la he percibido muy fría y distante, inalcanzable para mí, de modo que cuando era un niño me limitaba a soñar con que en algún momento podría jugar con ella. No piensen mal, a esa edad "jugar" significaba realmente jugar, ni se me pasaba por la cabeza que pudieran existir relaciones que fueran más allá y que incluso pudieran dar fruto a nuevas criaturitas que se parecieran a mí. Pero el tiempo fue pasando y, como es natural, yo fui experimentando los cambios propios de la edad. Primero fueron simples cambios físicos externos, pero ya se sabe cómo es la pubertad, todo un cúmulo de sensaciones nuevas que incluyen un cambio completo tanto de la apariencia del cuerpo como de la propia personalidad. No sabía controlar mi nuevo vigor, me malhumoraba con frecuencia y mi carácter rebelde y alocado causó mucho daño. De hecho aún recuerdo con vergüenza lo mal que traté a Lula. Ella, que era mucho más pequeña que yo y perteneciente a una casta inferior, me idolatraba. Se pasaba el tiempo dando vueltas alrededor de mí, como si fuera un perrito faldero. Por aquel entonces yo estaba sufriendo mis primeros calentones de pubertad, así que me lancé a por ella de forma descontrolada. Como pueden imaginarse, fue un desastre. Para empezar, mi sistema reproductivo no había madurado completamente, por lo que el contacto fue tan breve e insatisfactorio que nadie en su sano juicio osaría denominarlo contacto. Pero lo peor es que cuando descubrí que ella era completamente estéril pasé a ignorarla por completo. Ella seguía allí, revoloteando entorno a mí, y yo podía sentir cómo todos mis fluidos internos se agitaban continuamente al sentir su movimiento, pero

mi arrogancia de adolescente consiguió hacer que me autoconvenciera de que toda la culpa fue de ella, aquel ser inferior que sólo trataba de atraerme porque yo pertenecía a una casta superior.

Pero eso ya es historia pasada. Ahora ya he madurado lo suficiente para reconocer mis propios errores y para afrontar una relación seria. Marta es aproximadamente de mi edad, es hermosa, la conozco de toda la vida, no tiene ningún otro pretendiente y, además, es fértil. Quiero que ella sea la primera y ya tengo los preparativos listos. Me siento muy excitado. Se que mi temperatura corporal ha subido algunos grados durante los preparativos, pero eso es lo habitual antes de realizar el acto. He estudiado anatomía y sé que es necesario un incremento de la temperatura para que mis semillas puedan salir despedidas con suficiente energía como para que la fecundación pueda tener éxito.

Ahora lo siento, mis semillas han salido ya. Me siento muy aliviado. Puedo notar cómo desciende lentamente mi temperatura. Ahora sólo hay que esperar y cuidar de Marta para que todo vaya bien. Debería estar deseando ver cómo crece mi semilla en ella, pero ahora que ya he puesto por primera vez mi germen en ella, no puedo parar de pensar en repetirlo con alguna otra. De hecho, no puedo parar de pensar en hacerlo con todas las que pueda. Tengo un plan: comenzaré con aquellas de mis vecinas más próximas que estén en buen estado; después, a medida que mi capacidad reproductiva vaya mejorando, iré buscando otras cada vez más y más lejos. Sólo debo tener cuidado para evitar entrar en contacto con quien tenga otros pretendientes (¡nunca se sabe si el otro pretendiente será más fuerte y podrá destrozarte por completo!).

Sé lo que están pensando: soy muy poco considerado con Marta, debería pensar más en ella y menos en futuras conquistas. Tienen razón. Le debo un respeto. La primera vez es muy especial y hay que tener mucho cuidado para que nada se tuerza. Quizás tenga que hacerlo con ella alguna vez más hasta que mi semilla madure completamente en Marta. Sólo cuando estemos seguros de que la fecundación ha tenido éxito debería tratar de pensar en otras. Así lo haré, aunque espero que el proceso sea rápido: todavía soy joven y un poco impaciente.

Mi semilla ha prosperado. Ahora estoy seguro, me he reproducido. Ya soy adulto.

La nave terrestre de colonización alcanzó por fin el planeta Marte. Por primera vez, organismos procedentes del planeta Tierra alcanzaban otro planeta con el objetivo de quedarse a vivir en él.

El planeta Tierra, lleno de tensiones y de luchas internas, de hambre, guerras, contaminación y calentamiento global, alcanzó su plenitud con aquella conquista. Millones de humanos partieron hacia las nuevas colonias marcianas. Gracias a aquel éxodo masivo, se apaciguaron el hambre, las guerras, la contaminación y el calentamiento global en el planeta Tierra.

Gaia había logrado reproducirse.

Aquel día terminó la adolescencia de Gaia.

El filo del universo

Marc Barrio Villegas

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 29.12.0011

Soy el capitán H.G Hawk. Acabo de despertar de mi sueño criogénico. Como estaba programado, mi cápsula de sueño se ha desactivado once años, doce meses y veintinueve días después de nuestro despegue (Cronología de la Tierra, Sistema Solar). Como estaba previsto, he sido el primero en despertar. He revisado las condiciones de la nave, todo está correcto y almacenado debidamente en la caja negra (Código de la entrada 29.12.0011). Hay una variación en la velocidad relativa, es inferior a la programada. No sé a qué se debe. He aumentado la potencia de los propulsores y ahora nos movemos a la velocidad correcta.

Esta es la primera entrada del diario. Nuestra misión es alcanzar los límites inexplorados del universo. Las sondas que nos han precedido no volvieron. Se adentraron en la luz que cubre estas coordenadas y perdimos la conexión. Pero nosotros somos distintos. Hemos sido elegidos para llegar donde ningún hombre ha llegado antes y desentrañar los misterios que atormentan al hombre desde que alzó la vista y vio las estrellas por primera vez.

He abierto los paneles protectores de la cabina de control. A medida que escribo estas líneas puedo ver la luz frente a nosotros. Es hermosa y extraña. El universo es un enorme espacio vacío e infinito; pero en este punto, en el lugar donde me encuentro ahora mismo, una luz suave y cálida envuelve la oscuridad del mismo modo en que el cielo azul envuelve la tierra.

Vamos directamente a ella.

En 16 horas terrestres despertará la tripulación y prepararán los experimentos.

Fin de la entrada.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 30.12.0011

He estado despierto mis correspondientes horas de sueño. Puede ser un

efecto secundario de la criogenia. Pronto me acostumbraré a estar despierto y podré dormir.

He mirado la luz todo este tiempo. Es magnífica, majestuosa. Hace que me sienta como aquellos hombres que vieron por primera vez la aurora boreal o austral.

No, esto es más grande. No se trata solo de una luz, no es radiación solar. Es el rincón más alejado de nuestro mundo. ¿La última frontera? Tal vez. Puede que sea algo más.

Las mediciones sugieren que la luz emite una radiación purísima. Puede tratarse de energía en un estado tan puro que nunca antes la hemos podido medir en nuestro imperfecto universo. Las mediciones no son precisas. La energía se corrompe al alejarse del foco y se convierte en radiaciones conocidas.

De dónde procede toda esta energía nos es aún desconocido, pero seguimos con los experimentos.

Pureza. Al mirarla es lo único que transmite: pureza. Nuestros experimentos parecen corroborar esta información. Energía pura.

La velocidad relativa ha vuelto a descender. He aumentado la potencia de los propulsores y todo está en orden de nuevo. Debemos seguir acercándonos a la luz. Todo lo que podamos. Si los experimentos me indican que es posible, nos acercaremos hasta cruzarla y descubrir de dónde proviene toda esta energía.

Fin de la entrada.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 02.01.0012

Ayer me descuidé y no anoté nada. No sé si he dormido. Aquí no existen las noches, solo un largo y eterno día iluminado por la luz.

Estoy tan cerca. Es una sensación extraña. Un momento especial. Es Ese Punto. Como al despegar de la tierra, te diriges al cielo azul y subes y subes hasta salir de la atmósfera al oscuro universo. Pero, antes de salir, justo un instante antes, estás en Ese Punto, la frontera entre el cielo y el universo. Yo estoy ahora en Ese Punto: el momento en que atravesaré la luz y veré qué hay al otro lado.

No quiero perderme. No puedo...

Estoy muy cerca.

Miro la luz esperando contemplar ese preciso instante de cambio. La miro fijamente y ella me mira, mira dentro de mí y me llena con su... pureza.

Cuando la miro siento que el mismísimo Dios me abraza y me besa y me llena de su amor...

Sé que es una idea absurda y aún así no puedo abandonarla. Igual que no puedo dejar de mirar la luz.

Fin de la entrada.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 05.01.0012

Hoy ha venido a verme M. Oliver, el oficial científico. Trajo comida. Dice que llevo días sin salir de la sala de mando, sin moverme de mi silla, sin comer ni dormir. He comprobado la fecha y tiene razón, pero se equivoca. La Luz me alimenta y me da descanso. Ya no necesito comer o dormir.

El oficial me ha mostrado los datos de los últimos experimentos y mediciones. La energía entra en nuestro universo atraída, o repelida, por una fuerza desconocida. Desconocida para ellos, no para mí. El oficial tiene la disparatada teoría de que nos encontramos ante un antiagujero negro. Algo así como un mini huevo primigenio que ha colapsado y expulsa toda la energía que acumuló durante millones de años. Una explicación rebuscada a una cuestión sencilla.

No debí dejarle entrar.

El oficial ha hecho que me percate de una nueva variación en la velocidad relativa. Es cero. Llegados a este punto la luz es tan intensa y la radiación tan abundante que no disponemos de un punto de referencia para conocer el desplazamiento, pero no importa. Importa el rumbo y el rumbo es correcto porque avanzo por el camino de La Luz.

He informado al oficial de las variaciones de velocidad que hemos sufrido los últimos días para tranquilizarle. También he aumentado los propulsores hasta la máxima potencia sostenible. Nada ha servirlo para calmarle, puedo verlo en sus ojos.

Fin de la entrada.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 06.01.0012

Estoy a punto de hacer un gran descubrimiento. Puedo sentirlo. Pasaré a la

historia como el primer hombre en llegar donde nunca antes ha llegado nadie. La Luz.

Seré el primero en ver el origen de nuestro mundo. Sé que pronto pasaremos al otro lado y lo veremos a Él. La Luz me llena con su pureza. Sé que Dios me espera al otro lado. Sé que me ha elegido para revelar al mundo su existencia, para reconducirlo al camino de la fe. A la senda de La Luz, de la pureza.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 07.01.0012

He cerrado la puerta de la cabina de mando. Debo estar solo. Solo con La Luz. Solo con Dios. No he compartido mi conocimiento divino con la tripulación. Ellos son escépticos, no tienen fe. Entre ellos circulan disparatas teorías sobre La Luz. El oficial Oliver es el responsable.

Su teoría del antiagujero negro caló en las mentes oscuras de la tripulación. Pese a que los cálculos y experimentos que él mismo realizó han desmentido esa teoría. Sin embargo, el muy estúpido se niega a ver la verdad. No quiere ver la magnificencia del Señor y la pureza de su luz. Ha elucubrado una nueva teoría que envenena, con más maldad si cabe, la mente de la tripulación. Puedo verlos y oírlos por los sistemas de seguridad. Están enloqueciendo ante la evidencia divina. No sienten nuestro acercamiento a Dios.

No abriré la puerta hasta alcanzar el otro lado. Hasta llegar junto a Dios. Solo así verán cuán equivocados están. Espero llegar pronto.

Ya voy, Señor.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 08.01.0012

Los propulsores funcionan a sumáxima potencia sostenible. Si aumentara la potencia quemaría los captadores de helio cósmico y nos quedaríamos sin combustible. Debo darme prisa. Me veo venir un motín.

La nueva teoría del oficial Oliver dice que no nos movemos, estamos parados. Debo explicarlo bien para que se comprenda el grado de locura que ha alcanzado la tripulación.

Dicen que nuestro universo es esférico. Una esfera comprendida dentro de un universo mayor. Desde ese universo el nuestro se percibiría como un agujero negro. Eso significa que nuestro universo es un agujero negro y que La Luz es la materia y energía que

capta de ese universo mayor. Eso explica por qué se expande el universo, por qué no ha alcanzado la muerte térmica.

El oficial Olivier tiene cálculos y mediciones que parecen corroborar su teoría, pero está equivocado. Son datos tramposos que buscan poner a prueba nuestra fe, son datos que quieren engañarnos.

Tienen miedo. Tienen fe en la ciencia porque, cuando veamos a Dios, deberán dejar de creer en la ciencia. Es una paradoja que sus mentes no pueden soportar. Esa absurda teoría les ofrece la explicación que sus mentes simples necesitan para encontrar consuelo.

Yo sé que vamos por el buen camino. No necesito cálculos. Seguimos el camino de La Luz. Nos acercamos a Dios. Pronto estaré con él.

Pronto verán que tengo razón.

Ya voy, Señor.

CUADERNO DE BITÁCORA. DÍA: 013.01.0012

Golpean la puerta. Quieren tirarla abajo. La ciencia les ha enloquecido. Oliver les ha enloquecido. La Luz. Es increíble que no puedan ver en su pureza. Siento como penetra en mí, como me acaricia las córneas, revuelve mi alma y purifica mi interior. La Luz. Es Dios mirándome y me pide un acto de fe. Solo con un acto de fe llegaremos al Señor.

He programado los propulsores a su máxima potencia. Sé que quedarán inutilizados, pero me darán el impulso necesario para atravesar La Luz. La nave quedará sin energía, es un salto al vacío, un acto de fe. Él me recogerá, no dejará que caiga.

La puerta no aguantará. Escucho los gritos encolerizados de la tripulación poseída por un espíritu maligno disfrazado de ciencia. No tienen fe, solo miedo, pero mi fe es suficiente para salvarlos a todos.

Ha llegado el momento de activar los propulsores. Saltaré y Dios me recogerá. Esta es mi última entrada como capitán H.G. Wells. Pronto seré H.G. Wells el nuevo mesías, el científico que vio a Dios, aquel que mostró su existencia al mundo.

Ya voy, Señor...

Diario del capitán. Soy el oficial científico M. Oliver ejerciendo de capitán al mando en sustitución del capitán H.G. Wells. La misión fracasó. La situación de la nave es crítica. Es mi deber documentar en esta última entrada cómo llegamos a la crisis actual.

El capitán H.G. Wells, en un intento temerario por cumplir nuestra misión, quemó los captadores de helio y consumió el combustible. Sus actos provocaron la ira de la tripulación que irrumpió en la cabina de mando y le golpeó hasta matarlo. Quiero pensar que no podía impedirlo, pero lo cierto es que no lo intenté y, por tanto, mis manos están tan manchadas como las del resto de la tripulación.

Sin medios de propulsión, flotamos a la deriva por la oscuridad. La luz queda lejos, apenas un reflejo en el cosmos.

Un campo gravitacional nos atrapó, nos alejó de la luz y nos empujó al espacio profundo. Este hecho parece confirmar mi teoría de que estábamos quietos, orbitando gracias a que los propulsores compensaban el campo gravitacional. Al mismo tiempo, es un indicio que refuerza mi hipótesis del universo-agujero negro. Ambos son vagos consuelos.

La tripulación vuelve a dormir en criogenia. Con la energía disponible, con los sistemas al mínimo y sin tener que mantener mi cápsula y la del capitán, dormirán 4280 días (Cronología de la Tierra, Sistema Solar). Es un cálculo aproximado al que hay que sumar el tiempo que aguanten al despertar.

Hasta entonces estaré solo. Debo estar despierto, oteando la oscuridad en busca de planetoides, naves, bases espaciales u otros indicios de civilización. Debo convivir con la sangre del capitán bajo mis pies y con la infinita oscuridad del universo. La luz está cada vez más lejana, pronto desaparecerá.

Hice cálculos para conocer la probabilidad de encontrar civilización en nuestra deriva. Creo que he tenido en cuenta todos los factores. Tengo la fórmula frente a mí, pero no me atrevo a resolverla. No quiero conocer el resultado, quiero tener fe.

Fin del diario.

Rastrillo de lecturas #5

David A. Sigüenza Tortosa

En Madrid han abierto algunas nuevas librerías de lance. Lo he descubierto en mis últimos paseos por la capital, a la fuerza espaciados y acelerados, puesto que ya no vivo allí. Junto a los clásicos locales estrechos, angustiosos, hipoventilados y absolutamente encantadores, ahora disponemos también de tiendas con música ambiental, pintura plástica y tarifas planas.

He visitado tres o cuatro y me he cruzado sólo con un par de clientes que entran y salen raudos. Nada que ver con los pacientes parroquianos de semblante serio y olor a polvo con quienes me rozo en mis entrañables librerías de viejo. Habrá gente a quien le incomode el tener que pasar de perfil entre dos estanterías curvadas por el peso soporífero de lo soportado, mientras levanta exageradamente los pies para no derribar otra pila más de libros en el suelo. A mí me divierte: confieso que lo vivo como una especie de aventura. A lo mejor los chavales de ahora prefieren experimentar la empatía de la participación en una economía sostenible y bla, bla, bla.

Pero el origen del inventario imagino que es el mismo: descartes de gente a quien el libro no le ha impresionado tanto como para conservarlo; deshechos de bibliotecas poco frecuentadas; herencias denostadas de ancianos/as desaparecidos/as. A mí me hace sentir un poco como un buitre solitario escarbando entre los despojos. Pero sólo a ratos. A lo mejor los modernos prefieren sentirse como consumidores responsables en un entorno colaborativo y bla, bla, bla.

Estaba yo disfrutando de una montaña de exquisita carroña literaria cuando caí en la cuenta de que la mayoría de la gente en este país sólo conoce aquellos libros que se llegan a publicar en lengua castellana. Y de éstos, muchos tienen una tirada corta o un precio largo que dificultan el acceso a sus contenidos... ¡Qué poder el de las editoriales! Al menos hasta la aparición de Internet, ellas decidían lo que se podía leer y, por tanto, los debates que estaba permitido que se propagasen por nuestro ámbito cultural, las noticias y avances de los que nos informábamos, la imaginería que amueblaba

nuestros sueños...

(Algún día hablaremos también del papel de la C.I.A. en la difusión internacional de los autores americanos durante la Guerra Fría.)

Me giro hacia el estante donde se resecan los cadáveres en lenguas extranjeras (incluidos normalmente el catalán, gallego y el euskera, por un bochornoso pragmatismo) y lo contemplo con una mirada nueva, extraña; como si hubiera por fin comprendido lo increíblemente afortunado que soy por poder leer el inglés... Me aproximo y picoteo los lomos. Es la sección menos frecuentada de las librerías y los precios suelen ser más baratos que sus equivalentes traducidos en cristiano. Se ve que tienen menos mercado.

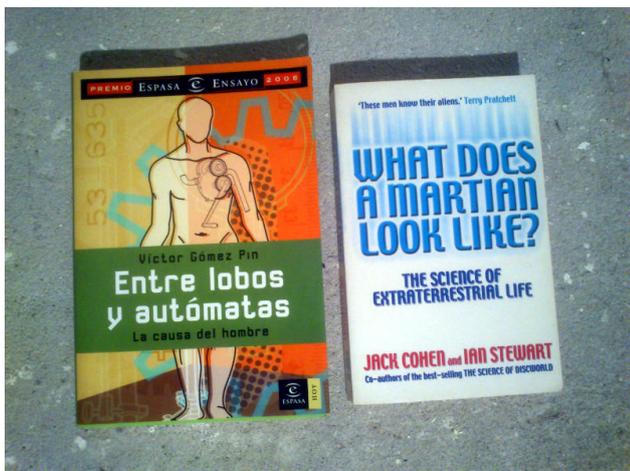
Ah, mira, un libro de divulgación: "What Does a Martian Look Like?", de Jack Cohen y Ian Stewart. Una rápida comprobación en el móvil me sugiere que nunca se ha traducido al español. Hojeándolo descubro que, además de explicaciones sobre exobiología, contiene infinitas referencias a obras de ciencia ficción, incluso algunos resúmenes. Más tarde descubriré que se trata de una lectura apasionante, que viene a darme la razón cuando sermoneo a mis amigos no iniciados sobre la inutilidad de la definición de "zona de habitabilidad estelar". (¿Veis como tenía razón?... ¿Seguís callados, eh?... ¿Hola?). Quizás no sea una obra maestra de la exobiología divulgativa, pero es lo que había en mi tienda de segunda mano. Esta obra hace añicos la concepción tantas veces vulgarizada de la vida y la evolución como procesos extremadamente frágiles y afortunados, a la vez que expande nuestra mente y azuza la imaginación.

Um, que raro que no se haya publicado en un país tan progresista como el nuestro, ¿verdad?

¿Habrá algo parecido en la sección castellana de ensayo? ¡Voy para allá! A ver, a ver... ¡Hombre, un premio Espasa de ensayo sobre Inteligencia Artificial! Año 2006: "Entre lobos y autómatas". Según la solapa, el autor, un tal Víctor Gómez Pin, es doctor en Filosofía por la Sorbona y trabaja de catedrático en la

U.A.B. (¿Lo pilláis?... “Trabaja” y “catedrático”... ¡Soy la monda!)

Investigando en la Internet, averigüé que el jurado del premio lo componían: el profesor de Filosofía y Ética Fernando Savater, el catedrático emérito de Sociología en la UCM Amando de Miguel, el doctor en Ciencias Sociales Vicente Verdú, el catedrático de Fisiopatología y Propedéutica Quirúrgicas en la UCM Pedro García Barreno y la profesora de Derecho Constitucional Pilar Cortés (además de diputada del PP, aunque igual me confundo de Pilar Cortés). Esta peña de académicos de centro, como se dice ahora, se arrejunta y, supuestamente, se lee el librito con provecho. El tema del ensayo es la Inteligencia Artificial y a alguien le debió parecer que el jurado elegido era muy apañado para juzgar estas cosas de los ordenadores y tal. Me hace gracia porque el autor, en su discurso de recepción del premio, se atrevió a comentar que el jurado que le otorgó el premio era “muy diverso, tanto desde el punto de vista científico filosófico, como desde el punto de vista incluso político ideológico”, qué cachondo. Se olvidó de decir que ninguno estaba capacitado para opinar sobre el tema.



Está todo publicado en la Internet: en El Mundo, El Correo Digital y en el ABC vienen las noticias de la entrega del premio. Parece ser que Amando sacó en claro que “es una visión muy crítica, destructiva, de las nuevas tecnologías” y, demostrando que tiene su fibrita sensible, añade que lo que nos diferencia a los humanos de los animales es la disponibilidad de “una mano que pueda acariciar”. Parece no estar muy satisfecho con el estilo de Víctor, porque no encuentra en el texto “alardes literarios”... Para Vicente, el autor lo clava demostrando que “la inteligencia artificial nunca podrá tener sentimientos”... Ya veis, todo muy oportuno y acertado. Por su parte, el autor no entiende “que pueda ser polémico un libro que se limita a reivindicar el ideario humanista”. Ay, qué polémico es este

librito. Y todo porque su amable tesis es que “el objetivo de toda práctica humana y, concretamente, de toda práctica social, el objetivo último, el único que legitima, incluso, los otros objetivos, es garantizar la dignidad material y la fertilidad espiritual del ser humano, en primer lugar”.

Ahora que caigo, este libro lo vi en el Rastro tirado de precio hace años, puede que incluso el año siguiente al de publicación. Y no me extraña, es una mierda. La tesis del ensayista se puede resumir así: la inteligencia artificial nunca podrá sustituir a la inteligencia humana porque... esto... ¡pues porque no es lo mismo! A ver, una cosa es una máquina y otra una persona, ¿o no? ¡Cómo vamos a comparar, hombre! ¡No seamos animales!

La única manera de comprender lo expuesto consiste en encerrarse en un corsé teológico y limitar los horizontes de nuestro Universo a aquellos hechos y percepciones que nos resultan reconfortantes. Cuando algo no nos gusta, estiramos un poco más de la delgada sábana y nos tapamos hasta las orejas. Con la excusa de salvar la cara de la Humanidad, parece que vale todo. El autor no se da cuenta, quizás, pero los mismos pseudo-argumentos que utiliza una y otra vez en su texto servirían para rechazar la posibilidad de inteligencia en una raza alienígena. Porque no podemos esperar que sean exactamente Humanos. Y por mucho que se nos parezcan me temo que a Víctor no le parecerá suficiente como para incorporarlos a la élite evolutiva de los seres con alma...

La postura intelectual del autor es justo la contraria que la de Cohen y Stewart. Si el objetivo del autor era garantizar la dignidad de la Humanidad, debería haberse abstenido de decir nada sobre este tema. Ahora es demasiado tarde. Nos has hecho a todos un poco más indignos.

Qué casualidad que este libro sí se ha publicado en nuestro país. Y se ha premiado incluso.

Otro día más.

Libros mencionados

Jack Cohen, Ian Stewart; *What Does a Martian Look Like?* Ebury Press, 2004 (primera edición de 2002).

Víctor Gómez Pin, *Entre lobos y autómatas – La causa del hombre*. Espasa Hoy, 2006.

No hay magia en el cine

(reseña del cortometraje 'Clarke's Third Law')

Victor Muñoz Ramírez

Es difícil saber qué le pasaba por la mente a Arthur Charles Clarke cuando formuló su famosa tercera ley en la que establece que «toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia». No hace falta pensar en fenómenos paranormales; es una sentencia que bien puede referirse únicamente al mundo de los hombres. El nacimiento del cine fue percibido por algunas personas como un avance inexplicable. Tanto es así que sus creadores, los hermanos Lumière, no tuvieron en consideración todo su potencial y se limitaron a exhibirlo por las ferias como un monstruo de barraca, una verdadera anomalía. Y, no obstante, siempre nos queda la duda sobre si este asombro humano está sobrevalorado y Clarke se dirigía a esos seres exteriores que nos estudian a través de extraños monolitos.

La ciencia ficción es una especulación metódica y, como tal, está abierta a interpretaciones. Así es como la productora VALEN ARTS (<http://www.valenarts.es/>) ha apostado por un cortometraje acerca de esta confusa y controvertida sentencia que, como no podía ser de otra manera, se titula *Clarke's Third Law*.

A través de la vida y reflexión de Clarke, el cortometraje guía al espectador a través de esa magia incomprensible que rodea al ser humano sin que este llegue a darse cuenta; magia que, como los extraterrestres, son en el fondo un reflejo constante de nuestra condición, ya sea por nuestro intento por comprender las insalvables lagunas de nuestro entendimiento o nuestro deseo de trascender más allá de nuestra insignificancia. A pesar de estar enmarcados en una trama un tanto predecible, Javier Valenzuela (<http://www.javier-valenzuela.com>) ofrece una interpretación de la famosa ley que, gracias a ciertos detalles, hacen que el espíritu de Clarke quede bien plasmado en la película: esa perspectiva global de la especie, podemos decir eterna, en la que los personajes como tal

son irrelevantes en comparación con lo que representan. Esta vez el mismo Clarke es el protagonista; y con él, la humanidad.

Entiendo que el cine aspira a compaginar un buen guión con una imagen a su medida. Sin embargo, cuando la ciencia ficción ha sopesado estas dos variables, se ha visto favorecida la dimensión visual, desequilibrio provocado sin duda por Kubrick y Lucas. *Clarke's Third Law* no es una excepción.

Aun teniendo en cuenta lo genuino de su historia y esa visión tan cercana al autor en el que está inspirado, el potencial que el guión pudiera tener se ve ahogado en imágenes espectaculares propias de un videojuego. He aquí su encanto y su perdición. La historia de la humanidad solo puede contarse con grandes planos; pero es harto recurrente llamar la atención con efectos especiales mientras se narra algo que no vemos y que deberíamos entender de un vistazo. Muy pobre es una escena cuando tiene que ser explicada por una voz en off, por muy necesaria que esta sea, sin que la imagen acompañe de alguna manera esa narración.

Uno no puede evitar que le sobre esa estaticidad a la imagen que hace del croma el principal protagonista. Es injusto ese no-pasar-nada para un proyecto que prometía gran dinamismo y fuerza por el concepto, que podía haber soportado una relación más íntima entre la historia y la imagen, la cual puede obviarse. Esta anemia argumentativa hace que la historia se precipite a un final, hecho que da a entender la necesidad de una resolución previa a que el espectador se harte de demasiadas generalidades vacuas. Acontecimientos fuera de contexto, gratuitos, y un final que aterriza en la pantalla de un salto, con un nudo tan frágil que, siendo acertado, puede llevar a pensar que está sacado de la manga. La obviedad es un pecado característico del cine contemporáneo, creer que se debe conducir al espectador a través de la supuesta genialidad,

la cual no entendería de otra forma. En el fondo, es una infravaloración que degrada a ambas partes.

No obstante, a diferencia de las películas comerciales que se venden ahora, debe señalarse que *Clarke's Third Law* no satura al espectador con estos recursos. Gracias a una sobria y colorida fotografía y a un montaje no exento de elegancia, evita la tendencia de simular una montaña rusa de efectos de ordenador; y esta es la otra cara de esa perezosa imagen. Su sosegado ritmo hace que uno pueda saborear cada uno de sus demasiado artificiales, pero bien elaborados planos, en las que se aprecia, en efecto, una importante labor técnica.

Clarke's Third Law es una buena propuesta por parte de VALEN ARTS, aun con sus altibajos. Es un consuelo que todavía alguien pueda coger una frase tan compleja como es la de Clarke y sacar de ella sus propias conclusiones hasta construir una historia más o menos simple, pero que pueda albergar más de una lectura. Al fin y al cabo, no debemos tampoco menospreciar el esfuerzo, sea cuales sean los resultados, de científicos y artistas pues, obedeciendo a la segunda ley de Clarke, se adentran en lo imposible hasta encontrar sus propios límites. De esto es también un buen ejemplo *Clarke's Third Law*, ya que podemos creer haber fracasado, mas nuestras dudas no son sino puertas que abrimos para que otros se asomen e imaginen las más trepidantes historias de ciencia ficción.

¿Cuántas palabras necesita Dios para decirte todo lo que hay?

Ismael Rodríguez Laguna

Guzmanes, Oswaldo: político sudeuropeo, 2325-2395, conocido por haber formado el imperio pan-europeo-africano durante las guerras expansivas de 2367-69 y haber instaurado un régimen dictatorial en dicho imperio [...] Su discurso contra las riquezas individuales fue bien recibido por una población cada vez más hambrienta, consecuencia del avance de la desertización que se había extendido durante los últimos tres siglos, y que en el siglo XXIV se agravó especialmente [...] Durante el imperio se impusieron determinadas normas extravagantes, tales como la obligación de que todas las casas fueran idénticas, que solo hubiera cinco tipos de ropa y cuatro tipos de peinado, [...] Se dictó una ley mediante la cual solo se permitió reproducirse a todos aquellos cuyo genotipo se aproximase en un altísimo porcentaje a alguno de los cinco patrones de genotipo de distintas razas que impuso el gobierno [...] La producción en serie de productos de todo tipo, desde coches hasta cepillos de dientes, se caracterizó por la total falta de variedad de la oferta: había un solo tipo de coches sin extras seleccionables, un solo tipo de cepillo de dientes con un único color disponible (el naranja), [...] Una inmensa plantilla de reparadores urbanos se encargaba de que el mobiliario urbano de las ciudades estuviera siempre en perfecto estado, llegándose al punto de que, por ejemplo, ningún baldosín de una acera permanecía roto más de diez minutos [...] Particularmente polémica fue la decisión de cerrar todas las universidades y prohibir actividades tales como, por ejemplo, la cartografía o, simplemente, mirar por un microscopio [...] Es por ello que resulta realmente sorprendente que los mayores descubrimientos sobre el espacio exterior, aquellos que permitieron por primera vez la colonización de otros mundos del Sistema Solar, sucedieran precisamente durante la última década de su mandato [...] La salida de millones de personas hacia las

nuevas colonias supuso una drástica disminución del hambre en todos los territorios del imperio, motivo por el que el controvertido gobierno de Guzmanes es habitualmente considerado como un éxito [...] Particularmente misterioso ha resultado siempre el posible papel que pudo haber jugado en las convicciones y decisiones de Guzmanes un inaccesible libro que llevaba siempre consigo, incluso en los actos públicos. Guzmanes se limitaba a comentar que aquel libro, al que solía referirse como "Libro de Agiagrap", contenía algunas afirmaciones de gran sabiduría que le guiaban en sus actos. No obstante, se llegó a especular que en realidad todo aquello podría ser una farsa para darse a sí mismo una imagen mística o trascendental [...] Es célebre la facilidad con que Guzmanes convertía a los líderes disidentes en leales colaboradores, lo que una y otra vez le sirvió para deslegitimar y descabezar las formas de oposición política clandestina que surgían regularmente. Guzmanes invitaba a sus más acérrimos detractores a su palacio, tras lo cual estos se convertían en sus fieles colaboradores. Se llegó a especular con la posibilidad de que Guzmanes contara con alguna máquina misteriosa para controlar la mente de otros, cosa que nunca pudo ser constatada [...]

Primavera de 2367.

Pierre Ngonme recibió con mucho recelo la noticia de que sería excarcelado, se le retirarían los cargos de conspiración, y se le conduciría al palacio presidencial a petición del propio Guzmanes. Una decena de disidentes, personas comprometidas a las que el propio Ngonme había conocido en la clandestinidad, pasaron a ser ministros del dictatorial régimen de Guzmanes tras una visita al palacio presidencial. El miedo a ser sometido al controlador de mentes, o a ser eliminado y ser sustituido por un doble, o lo que fuera que hiciera Guzmanes con los disidentes en el palacio, comenzó a apoderarse de él.

Para su sorpresa, Guzmanes le recibió sonriente en la puerta del palacio y, como buen anfitrión, dedicó un rato a mostrarle las principales estancias y su historia. Luego, cuando llegaron a la biblioteca, la

conversación se hizo más personal.

—¿Sabe, señor Ngonme? —dijo Guzmanes—. Sé que, a usted y a otros, mi forma de gobernar les puede resultar excéntrica, un cúmulo de desvaríos de alguien que, aburrido de su gran poder, ya no sabe cómo divertirse, así que se dedica a imponer medidas absurdas.

Ngonme se mantuvo serio y no respondió.

—Sin embargo —continuó Guzmanes—, no hay nada más lejos de la realidad. Todo tiene su razón de ser, aunque no siempre es bueno explicar las razones a todo el mundo. Déjeme hacerle una demostración que aclarará sus dudas. Haremos un pequeño experimento científico.

Ante la mirada inquieta de Ngonme, Guzmanes sacó de un cajón una esfera y la separó en dos semiesferas que resultaron estar huecas. También sacó unos pequeños pedazos de papel y una lupa.

—Esta esfera, llamada esfera Qur-Diaâg, está hecha de un material muy especial que permite que cierta ley de la naturaleza, que se aplica globalmente a todo el universo, se cumpla dentro de la esfera, localmente.

Guzmanes metió los papeles en la esfera, la cerró, y la agitó. Después abrió la esfera y le ofreció una mitad a Ngonme, que la cogió con cierto recelo.

—Como puede ver, en esta mitad han quedado dispersos algunos de los trozos de papel. Por favor, observe detenidamente algunos de ellos con esta lupa —dijo Guzmanes, ofreciéndole la lupa.

Ngonme, no entendiendo a dónde iba a parar todo aquello, accedió a observar algunos pedazos a través de la lupa durante algunos instantes.

—No veo nada relevante —dijo Ngonme al fin—. Los papeles están dispersos por todo el interior. Espere, creo que con la lupa puedo contarlos. Tres arriba, cinco abajo, siete a la izquierda, dos a la derecha. Eso es todo.

—Sí, efectivamente. Ahora observe los papeles en la otra semiesfera, por favor. No, no es necesario que use ahora la lupa, simplemente mírelos.

Ngonme observó que los papeles de la

otra semiesfera estaban perfectamente alineados.

—Vaya, qué casualidad —dijo Ngonme algo sorprendido.

—Si no le importa, vamos a repetir el experimento...

Guzmanes revolvió los papeles dentro de la esfera con su mano, la cerró y la agitó repetidamente. Luego la abrió y le ofreció una semiesfera a Ngonme.

—Por favor, mire los papeles de esta semiesfera, esta vez sin utilizar la lupa.

—Vale, los papeles están desordenados de una manera que parece no ser idéntica a la anterior, lógico. ¿Y?

—Y ahora, por favor, mire en la otra semiesfera, también sin la lupa.

Ngonme observó la otra semiesfera.

—Aquí también los papeles están dispersos sin orden aparente, esta vez no están alineados.

Guzmanes sonrió.

—Aunque no lo crea —dijo—, el único motivo por el que los papeles de la segunda semiesfera no están alineados es que esta vez nadie ha observado con la lupa los papeles de la primera semiesfera que le he dado. Si eso hubiera ocurrido, entonces ahora los papeles de la segunda mitad estarían alineados, como antes.

Ngonme frunció el ceño.

—¿Cómo dice? ¿Qué tiene que ver mirar unos papeles con una lupa, con lo que le haya ocurrido antes a otros papeles diferentes?

—Si no me cree, repita el experimento usted mismo, por favor.

Ngonme se sentía extrañado por lo rara que resultaba aquella situación, en la que se encontraba hablando con su gran enemigo sobre papelitos y esferas. No obstante, también se sentía escéptico sobre la posibilidad de que una mirada a través de una lupa pudiera afectar la posición de unos papeles que estaban ubicados en otro sitio. Por eso, Ngonme accedió a repetir el experimento, no una sino varias veces.

Algunas veces Ngonme observó con la lupa los papeles de la primera semiesfera

antes de mirar la otra semiesfera, y otras veces no utilizó la lupa. Invariablemente siempre ocurrió que, cuando Ngonme miraba con lupa en la primera semiesfera, luego resultaba que, en la segunda semiesfera, todos los papeles estaban alineados. En otro caso, no lo estaban.

—¿Es... es esto algún tipo de truco de magia? ¿Tiene esta lupa algún tipo de circuito electrónico que...?

—No, no, si quiere desmonte la lupa para comprobarlo. El motivo de todo esto es más filosófico de que lo que cree. Repita el experimento cuantas veces quiera.

Ngonme notó que la sorpresa que le estaba produciendo aquel experimento, truco, o lo que fuera, le estaba haciendo olvidar ante quién se encontraba. Repitió el experimento más de cincuenta veces, y todas ellas se cumplió el mismo extraño patrón.

—¿Cómo es esto... posible? ¿Qué tiene que ver observar unos papeles con... lo que le ocurra a otros papeles que todavía no he visto?

—Digamos que, gracias a la manera especial en que hemos fabricado esta esfera, hemos conseguido que el número de letras que usa Dios para describir su interior sea fijo.

Ngonme abrió mucho los ojos.

—¿Có... cómo? ¿De qué está hablando?

—Dado que dicho número de letras es fijo —continuó Guzmanes—, si uno de los lados del interior de la esfera es observado en detalle entonces dichos detalles se añaden a la descripción, y entonces quedan menos letras para describir el otro lado, lo que hace que ese lado deba ser... definible con menos letras. Y parece que, en el lenguaje divino, se requieren menos letras para expresar el concepto "alineados" que para expresar el concepto "dispuestos según el patrón aleatorio X".

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ngonme, algo aturdido— ¿De qué lenguaje divino habla?

Guzmanes sacó un libro de su chaqueta. Ngonme observó que se trataba del famoso libro desconocido que Guzmanes siempre llevaba a todas partes. Guzmanes ofreció el libro a Ngonme.

—Conseguí este libro hace mucho tiempo, en circunstancias muy singulares. Por

favor, léalo y comprenderá el experimento. Y, de paso, entenderá toda mi política.

Ngonme observó perplejo el libro que Guzmanes le ofrecía.

—Como puede ver —continuó Guzmanes—, es un libro corto. Pasaré a verle dentro de unas cuatro horas, será suficiente.

Guzmanes abandonó la sala y dejó a Ngonme solo.

Ngonme no pudo reprimir las ganas de repetir el experimento de la esfera unas cuantas veces más, ahora que el posible prestidigitador no estaba allí para engañarle.

Todas las veces ocurrió lo mismo.

Intrigado, por fin se decidió a leer el libro.

Unas horas más tarde, Guzmanes entró en la sala.

—¿Qué me dice? ¿Ha comprendido? ¿Entiende por qué las leyes del gobierno deben ser las que son?

—Sí, ahora comprendo —afirmó solemnemente Ngonme—. No hay otra forma de proporcionar un buen futuro a los habitantes de nuestro mundo.

—¿Y entiende por qué no puedo explicar mis motivos a todas las personas que lo habitan?

—Sí. Tendríamos a toda la población mundial mirando fijamente cualquier cosa en la que nadie se hubiera fijado antes, simplemente por ver qué pasa. Y eso sucedería a pesar de que comprenderían que no deben hacerlo. La curiosidad sería nuestra perdición. No, sería muy peligroso.

Guzmanes puso la mano en el hombro de Ngonme, que ese momento se sumergía en un torbellino de pensamientos fruto de los conocimientos adquiridos leyendo aquel libro. Por fin, el experimento de la esfera tenía sentido. Lo que decía aquel libro tenía que ser necesariamente cierto. ¡Era cierto! Y lo que había visto suceder localmente dentro de la esfera también ocurría globalmente, fuera de ella, en todas partes. La Humanidad solo podría progresar si podía controlar ese fenómeno en su favor.

—¿Desea un cargo en el gobierno? —preguntó Guzmanes a Ngonme.

—Creo que podría ayudar a mejorar el futuro de la gente respondiendo que sí.

Fragmento del Libro de Agiagrap:

[...]

Y Agiagrap, el dios de dioses, el creador de creadores, se dirigió a sus siete hijos. Se acercó a Arfniüj, el primero de ellos, y le dijo:

—Arfniüj, hijo mío, tú crearás el primer universo. Crearás un vasto universo que será percibido por las criaturas que lo habiten como inconmensurablemente grande e infinitamente diverso, donde las leyes universales que impongas se cumplirán consistentemente. No obstante, en todo momento el estado de tu universo quedará escrito en un Libro que constará de 234714056983436732894 letras, ni una más ni una menos. En cada instante, el contenido del Libro cambiará para reflejar el nuevo estado del universo, pero el número total de letras escritas en el Libro seguirá siendo el mismo.

—¿Cómo, amado padre, podré crear un universo que sea percibido como inconmensurablemente grande con solo 234714056983436732894 letras?

—Tu universo estará poblado por cosas de diferentes tipos y a cada tipo de cosa darás un nombre. Por tanto, para escribir lo que es, solo tendrás que escribir el tipo de cada cosa que es y su lugar en el universo.

—¿Y cómo, amado padre, podré crear un universo que sea percibido como infinitamente diverso, si dos cosas del mismo tipo serán percibidas como necesariamente iguales?

—Cada cosa o criatura estará formada por varias partes y cada parte será de un tipo. La combinación de tipos de cada parte dará lugar a un gran número de combinaciones posibles y las repeticiones serán infrecuentes.

—¿Y qué sucederá, amado padre, si las criaturas examinan las cosas o las demás criaturas en mucho detalle, hasta el punto de poder percibir que en realidad son iguales entre sí y la diversidad es ficticia?

—Entonces crearás nuevos tipos para las cosas, o las cosas estarán formadas por más partes. En ambos casos, para distinguir los nuevos tipos y partes de los ya existentes,

estos deberán recibir nombres nuevos. Si todos los nombres con pocas letras estuvieran ya utilizados, los nuevos nombres deberán tener más letras que los anteriores.

—¿Y cómo, amado padre, podré usar más letras para describir algunas cosas, si el número de letras del Libro deberá ser fijo?

—Si tuvieras que utilizar más letras por alguno de los motivos expuestos, reducirás las letras usadas en la descripción de otras cosas, bien reduciendo su número de partes o bien reduciendo su número de tipos. No obstante, solo podrás hacerlo si las criaturas inteligentes que pueblan el universo, aquellas que por su intelecto pueden descubrir y comprender las leyes universales, no pudieran observar inconsistencias por la nueva falta de diversidad.

Y así lo hizo Arfniüj.

[...]

Finalmente, Agiagrap se dirigió a Qur-Diaâg, su último hijo, y le dijo:

—Y tú, Qur-Diaâg, amado hijo menor, crearás los universos más pequeños, los cuales respetarán las mismas leyes que los universos mayores creados por tus hermanos, y lo harás de la siguiente manera.

[...]

Julio Spina, peso 78 kg, estatura [...] con forma de maxilar tipo 5453, con forma de ojos tipo 4395, forma de párpados tipo 5443, color de ojos tipo 8934, [...] conjunto de cicatrices conforme al patrón 6535, distribución falsamente aleatoria de imperfecciones faciales de tipo 9876, [...] con la siguiente lista de recuerdos: estando en un parque de tipo 3556, haberse caído de un triciclo de tipo 1524 con la edad de 2 años; soplar las velas de una tarta de cumpleaños en [...]

realiza la acción de:

fijarse en la parte superior izquierda de la foto número 3245 almacenada en su ordenador, en la que puede verse a su hija a la edad de dos años en una pose de tipo 4324, mostrando una sonrisa de tipo 2312, llevando puesta la siguiente ropa, [...] donde la parte superior izquierda de la fotografía está definida como:

combinación irrelevante de colores rosados

Dado que el individuo observa la parte superior izquierda de dicha fotografía, se redefine dicha parte para aumentar su nivel de detalle, pasando a ser:

combinación de colores blanco y rojo según el patrón 7543, con factor de deformación 4324, falsa aleatorización del patrón 1948 [...]

Por la utilización de 432 letras más en la descripción de la parte superior izquierda de la fotografía, se procede a la eliminación de 432 letras en otros lugares del Libro, de la siguiente manera:

[...]

El día que los primeros humanos cruzaron el estrecho de Bering y hubo que describir América en el Libro por primera vez, la necesidad de liberar tantas letras hizo que el número de especies de flores presentes en Marte comenzara a reducirse drásticamente y que los lagos desaparecieran de la Luna.

El día que en la Tierra se inventó la primera lente de aumento y los humanos comenzaron a observar las cosas pequeñas, los ríos comenzaron a desaparecer de la superficie de Venus y la fauna comenzó a extinguirse en todos los satélites de Júpiter.

Muy poco después de la invención de los primeros ordenadores, la descripción de Marte pasó a ser simplemente: "distribución de cordilleras según el patrón pseudoaleatorio de distribución número 8213. Temperaturas extremas. Inhabitable".

El día en que las aceras de todas las ciudades de Europa y África se hicieron completamente idénticas, allá por el siglo XXIV, y por tanto hicieron falta muchas menos letras para describirlas en el Libro, las flores volvieron a brotar en Marte.